

¿Podemos aún llamar a Jesucristo Señor?

Francisco García Martínez

Señor mío y Dios mío, he aquí la confesión cristiana de fe. ¿Delante de quién se realiza? Un Viviente que muestra sus llagas de muerte para que los dolores de este mundo no conduzcan a los hombres a la desesperación. Un Hombre que muestra sus heridas como hogar abierto a aquellos que las han infringido. Un Hombre que se muestra a sí mismo como futuro absoluto donde resguardar la esperanza en tiempos en los que la nostalgia quiere volver a arcadias o galileas de sueños infantiles. Un Hombre insobornable y por eso inaceptable en este mundo nuestro, pero que no renuncia a ser uno-con-nosotros-y-para-nosotros. Un Hombre transido por la vida divina que llama a Dios Padre y a nosotros hermanos. Un Hombre ya inalcanzable por la muerte y el pecado, pues sucumbieron en su amor y su resurrección. Un Hombre hogar de Dios para los hombres y hogar del hombre para Dios. *Maestro, ¿dónde vives?, ¿acaso existes?*

Una buena pregunta para iniciar la mirada sobre las imágenes de Cristo. Ellas toman la delantera para confesar la fe que les da vida como obras de arte. En ellas la figura quiere tomar cuerpo en diálogo con cada uno de los que escuchan en ellas su llamada.

Detengámonos en el significado del término *Kyrios* dado a Jesucristo y que define la exposición, mostrando la verdad última de aquel a quien se intenta mostrar.

El predicado omnipresente

El título *Kyrios* aplicado a Cristo recorre toda la tradición cristiana, desde sus textos fundacionales a su oración continua que llega hasta hoy.

“Aparte de *Jristós* -afirma M. Karrer- hay un solo predicado de Jesús que se encuentre en todos los grupos de escritos del Nuevo Testamento: *Kyrios*, el Señor. Cuando Cristo, hubo palidecido semánticamente el atributo de *el Señor* fue el atributo de Jesús más conocido”. Esta presencia omniabarcante del título define a Jesús, en primer lugar, como *Señor del texto bíblico*, como principio de unidad y criterio definidor de todo él. Es Señor en cuanto que otorga coherencia al conjunto, sometiéndolo a una obediencia en la que ningún texto es independiente en sí, sino que expresa una armonía pluriforme y relativa a este Señor del que habla. Pero, aún más, el texto en sí no dice nada si no es como siervo de una presencia que desborda la narración y a cuyo servicio está. Este Señorío de Jesucristo sobre el texto invita a una lectura en la que la palabra es obligada por una voz indomitable, que no pertenece ni al escritor ni al lector, a hablar sacramentalmente, a remitirse para ser ella misma a alguien que la domina. Por eso, la lectura del texto, desde aquello que le da su identidad profunda, debe estar marcada por la búsqueda de esta voz ante la cual sólo cabe aprender del mismo texto y hacerse obedientes para dejarla manifestarse en uno mismo.

Una búsqueda que se deje definir por una presencia eternamente viva que da unidad y armonía al mundo como lo hace con el texto bíblico.

Lo dicho vale igualmente para el recorrido iconográfico de esta exposición en la que la diversidad casi incoherente de formas y perspectivas queda sujeta al Señorío de una imagen última, inasible, que es la figura de Cristo como imagen de Dios invisible. Todo otro posible acercamiento elimina lo sustancial, disgrega el mundo de la palabra y de la imagen en una estética de la emoción sin identidad. *Quien no recoge conmigo, desparrama*, dirá Jesús mismo (Mt 12, 30).

El texto se convierte, de esta manera, en lugar de descanso para la esperanza, ya que en él el hombre revelado a sí mismo (en sus búsquedas y esperanzas, en sus luchas y en sus fracasos) en de los relatos del Antiguo Testamento, se libera de la dispersión de las palabras que no sabían consolarle por parciales o de las que le humillaban por definirle como indigno del mundo, y encuentra la Palabra definitiva en la que descubre la identidad cumplida de todo el camino recorrido. Así, este Señorío se ejerce incluso en los que aún no lo conocen y caminan a tientas, ya que en ellos se va diciendo hasta que por fin la espera y el cumplimiento se abracen.

El texto bíblico es, de esta forma, camino de esperanza pues define toda búsqueda como atracción de una Palabra existente, aunque aún no pronunciada en cada historia personal, de una Palabra presente ya en la búsqueda que llevará todo a plenitud. E, igualmente, el texto se hace memoria de la promesa que ya ha alcanzado cumplimiento, pues fue pronunciada en una historia humana que se hace camino de vida para todos. Aparece así la escucha como el lugar de entrada en el Señorío de Cristo a través del sometimiento a un texto siempre desbordado por una presencia de Cristo que nos somete a él.

Pero Jesucristo atraviesa la historia cristiana como Señor no sólo del texto bajo el que la escucha creyente se convierte en obediencia de vida, sino como *Señor de toda súplica* creyente lo cual se expresa en la finalización de toda oración confesional con la expresión *por Jesucristo, nuestro Señor*. En ella Jesucristo es reconocido por el creyente como Señor del corazón mismo de Dios, abogado ante el Padre con fuerza de convicción. A lo largo de la experiencia veterotestamentaria Dios había sido percibido como un Dios con entrañas, que se conmovía por el sufrimiento del pueblo (Ex 3, 7.9) y se airaba frente a la opresión (Ex 6, 1.6), un Dios al que el corazón se le resistía en su dolor a dejarse llevar por las formas humanas frente al desprecio y la infidelidad (Os 11, 8-9). Pero ahora, Él ha querido atravesar su eterna presencia ante sí mismo con la humanidad compasiva de Jesús. Si la debilidad o el pecado de Pablo eran, para él, una espina en la carne que le religaba a la experiencia de que es en la gracia de Dios donde el hombre adquiere arraigo verdadero, la carne de Cristo, compasiva hasta el límite, es una espina clavada en el espíritu mismo del Padre en la que se define ya eternamente como pura y sola gracia, como puro don de sí. Y es aquí donde toda súplica puede descansar confiada y poner en manos de Dios la vida, más allá de toda respuesta inmediatamente configurada por la petición, pues es Cristo mismo la respuesta en la que se comprende la inmutable cercanía y promesa de Dios a nuestra vida. Este Señorío sobre la oración del creyente es, por tanto e igualmente que el ejercido sobre el texto bíblico, descanso para su esperanza y alimento de su memoria.

Ahora bien, este Señorío sobre el texto bíblico y sobre la oración creyente es radicalmente Señorío sobre el que lee y sobre el que ora, es Señorío sobre el que se somete más allá de toda palabra humana -también la suya- y de todo dominio humano

sobre Dios -también el suyo- a una Palabra inasible que le define y a un Misterio insondable del que nace. ¿Es esto soportable para el hombre? ¿no está definido por una voluntad de identidad que es desarraigo de todos y libertad frente a todos? ¿no es esto lo que ha descubierto por fin el hombre en estos últimos siglos, su identidad de sujeto libre, configurador de su mundo?

La impugnación: ¿hay alguna dependencia gloriosa?

Los últimos siglos de nuestra historia parecen haber creado una imposibilidad radical de experimentar este título con aquella emoción de Tomás en la que se mezclaba la alegría de la esperanza renovada, el sobrecogimiento ante la divinidad cercana y el agradecimiento frente a la compasión de Dios que siempre vuelve a nosotros: *Señor mío y Dios mío* (Jn 20, 28). ¿Podrá pronunciar el hombre moderno estas palabras sin renunciar a sus logros?

La nueva experiencia que resulta ya obligada para vivir a la altura actual de lo humano es la de la emancipación. Es en ella donde el hombre se descubre a sí mismo, donde define su libertad, donde alcanza la grandeza de su dignidad. Por eso, en la conmoción histórica que ha supuesto esta experiencia ya ningún señorío le resulta tolerable al corazón del hombre, casi ni el de la verdad de sí mismo. La dependencia, en cualquier ámbito, es sentida como una humillación intolerable que mantiene al hombre en una minoría de edad impuesta. La independencia, por el contrario, se muestra como el camino propio hacia la identidad personal o social.

No se debe dejar correr demasiado el juicio creyente sobre esta actitud por la configuración histórica negativa resultante en algunos ámbitos (la increencia o desreligación de Dios o el desafecto por la verdad, entre otros). No es adecuado un juicio que parecería provenir de aquella lógica del resentimiento de los que han perdido su preponderancia social y que diría: “les dimos todo y así nos lo pagan”. Antes hay que valorar este descubrimiento de la dignidad y de la libertad individual y social como un logro histórico irrenunciable que Dios mismo quiere (Gn 1, 26-31) aunque posea, ciertamente, la ambigüedad de toda realidad creatural. Dicho esto, podemos mostrar los límites del desarrollo histórico de este movimiento de emancipación moderno, que quizá no sean sino los límites históricos de lo humano dejado a su propia lógica señorial.

El señorío del sujeto cuando se absolutiza no es sino el prelude de todo conflicto. Cuando el hombre se desarraiga de los orígenes que le han dado a luz, aquellos orígenes en los que debe aprender que la libertad es un acontecimiento nacido del don de los otros a él y que sólo puede hacerse fecundo en la gratitud y en la imitación de este don de sí que le religa a los demás que son responsabilidad suya, entonces el conflicto es inevitable. En esta lógica, el sujeto sentirá que su señorío sobre la realidad, su independencia, aparece amenazada en cualquier relación y se dejará atrapar por un juego de poderes en el que sólo en el sometimiento del otro se alcanza uno mismo. La identidad se realizará siempre contra el otro y no frente y en el otro. Toda relación aparece así como agresión posible, incluso el amor queda afectado por un impulso de dominio y sometimiento (Gn 3, 16) en todos sus órdenes. El señorío se convierte en un impulso agresivo que intenta conquistar una independencia que nunca consigue realizar una identidad en la que descansar, pues ésta, en un sentido, está siempre amenazada por los demás y, en otro, se ha desarraigado de su origen en los otros. El miedo, la soledad

y la lucha son la tierra prometida de una libertad del sujeto sin arraigos, del sujeto como señor absoluto de sí.

Ahora bien, éste no es el único camino posible, aunque hay que preguntarse si el hombre conoce otro hacia su dignidad y libertad. Ciertamente, después de una historia llena de señores intolerables no hay que dudar en afirmar que en la historia todo señorío parece ser rechazable (Mt 20, 25). Pero... si es verdad que hay que acabar con todo señorío impuesto si queremos ser nosotros mismos, es igualmente cierto que haciéndolo desde nosotros mismos nunca acabamos con ellos. ¿No es ésta la paradoja de la modernidad que la posmodernidad pone en evidencia aunque afrontándola por vía de reducción hacia la buena voluntad de la compasión (Vattimo) o hacia la buena vida?

Hemos de reconocer que nacemos en una historia marcada por señoríos intolerables para el hombre, pero el camino necesario de la emancipación individual y social nos enfrenta a una independencia trágica que no termina de encontrar aquella “patria de la identidad” de la que hablaba E. Bloch. ¿Habrá un hogar donde alcanzar una identidad digna y libre?

Nacer a un nuevo señorío

Si todo señorío históricamente vivido por el hombre posee la cualidad de ser impuesto, Cristo representa una novedad radical en este sentido. Se ofrece a sí mismo como lugar de arraigo que no sólo deja al hombre ser él mismo, sino que le obliga a serlo. Frente a él sólo se puede ser libre. Acerquémonos a este Hombre que crea un espacio nuevo de existencia en él mismo para todos.

En primer lugar, Cristo aparece como Señor de su propia vida. “Nadie me quita la vida, soy yo quien la da” (Jn 10, 18). Cristo no se somete ni a las expectativas de la multitud, ni a los intereses o esperanzas de sus discípulos, ni a las presiones de los poderosos... Jesús es libre y muestra su dignidad al no venderse ni siquiera para salvar su vida (Lc 13, 31-33). Sin embargo, esta libertad no le desarraiga de aquellos a los que no se somete, sino que es vivida en una dependencia acogida con naturalidad, sin afectaciones, que se manifiesta en vivir de limosna, en buscar ayuda en la misión y, por otra parte, en una responsabilidad hacia los demás o pro-existencia que definen su ser. ¿Qué es lo que le permite vivir sin someterse a los demás, ni someterles a su vida? ¿de dónde nace esa identidad relacional no necesitada de confrontación para realizarse? Este Señorío sobre sí mismo está radicado en la obediencia al Padre como fuente de su vida (Jn 12, 27). Él es su Señor, en Él reconoce su origen (Jn 5, 30-47), en Él encuentra su vocación, en Él descubre su alegría, en Él redime su soledad y en Él soporta su humillación. En Él nadie puede quitarle su dignidad, ni su libertad, ni su futuro. Por eso, por su radicación única en el Padre, nadie como él es Señor de sí mismo.

En segundo lugar, Cristo aparece como Señor para los demás. Cristo ofrece su vida como espacio protector de hospitalidad total. Llamarle Señor, acogerse a él como quien define la propia vida, es fruto del descubrimiento de que en él podemos sentarnos definitivamente a la mesa de la humanidad. Ante él, el hombre ya no es definido por su pequeñez, su torpeza, sus pecados, ni tampoco por la indignidad introyectada en él por los señores del mundo cuando excluyen con sus formas de organizar la realidad. Ahora es definido por un gesto sorprendente de acogida previa. Los leprosos, los enfermos, los endemoniados, los hombres y las mujeres marcados por el pecado propio o por la

acusación excluyente de los demás... tienen sitio en la mesa del Señor. El cuerpo de Jesús, su mirada, su tacto, sus palabras... crean un espacio de hospitalidad en el que, además del acogimiento primario que ofrecen, suscitan unas relaciones nuevas entre los por él acogidos. La acogida no es fruto de una benevolencia paternalista que humilla aún más, sino un espacio de dignificación personal y renovación de las relaciones que obliga a todos a mirarse nuevamente de manera renovada, como hermanos iguales en dignidad. Por eso, su Señorío se mostrará en la acogida de los pobres, los hambrientos... y allí quedará sellada la pertenencia del hombre a él (Mt 25, 31-46).

Por otro lado, este Señorío de Jesús quiebra la lógica que invita a alcanzar la identidad contra los otros, en lucha con ellos, al configurar la libertad desde el don de sí a los demás: ¿Quién puede quitar la vida a aquel que la ofrece?, ¿quién puede anular una libertad que se anonada ofreciéndose para que otros vivan? Jesús vive su libertad dejando que el don originario del que vive (el darse paterno-filial de Dios) se manifieste como verdad humana. Su entrega a los hombres hasta el extremo no anula su libertad sino que la define radicalmente convirtiéndola en esta forma en la expresión del verdadero señorío humano.

¿Habéis visto lo que he hecho?, dirá Jesús a sus discípulos tras lavarles los pies. ¿Somos capaces de entenderlo? Es la diaconía la que posibilita una libertad del sujeto que no derive en soledad para él mismo y opresión para los otros, como claramente enseña Jesús a sus discípulos cuando éstos pugnan entre sí por alcanzar los primeros puestos (Mt 20, 25-28). La relación entre identidad, envidia y opresión es uno de los ejes transversales del pecado al que la identidad del hombre vive sujeta.

No son la búsqueda de la identidad, ni la voluntad de libertad, ni el señorío del hombre sobre el mundo, sino el desarraigo de estas realidades del don en el que nacieron y de la responsabilidad frente a los otros que tienen como destino, los lugares donde se pierde el hombre. Es aquí donde Cristo arrodillado ante el Padre y ofreciendo su cuerpo como alimento para todos abre un *nuevo espacio de vida, un espacio de vida nueva*.

Su Señorío se ofrece en torno a la mesa en la que somos acogidos y alimentados por su benevolencia. Ésta es la *mesa del Señor* que no sólo antaño, sino también hoy, cada domingo, la Iglesia abre a todos para que se unan a la acción de gracias de Cristo signo de su arraigo filial abierto a nosotros, y a su ofrenda a Dios Padre dándose a todos para que sepan que el don propio siempre está alimentado por la vida inagotable de Dios y, por eso, en él la vida nunca se pierde. Es en esta mesa donde el hombre descubre su dignidad y el sentido de su libertad y lo celebra sabiendo que hay futuro para ellas. Han quedado atrás la soledad del alma, la distancia con los otros y la humillación ante ellos. Ahora, bajo este nuevo Señorío, el hombre puede hacerse dueño de sí.

Por último, en tercer lugar aparece Cristo como Señor de la realidad, como Señor del mundo. ¿Este Señorío de Cristo sobre su propio ser, y su poder para configurar otra historia de libertad en el mundo está realmente presente hoy, aquí y ahora? En la respuesta afirmativa a esta pregunta se juega la verdad de la afirmación *Jesucristo es el Señor*. Por eso la confesión cristiana nace no de la contingencia de cada una de las acciones de Jesús en los días de su vida mortal, o del conjunto de todas ellas, sino de la presencia de esta acción, que es su propia persona, en medio de la historia en cada momento de ésta. Esto es lo que afirmamos con la confesión de que Dios resucitó a Cristo constituyéndolo Señor de la realidad (Hch 2, 36).

Es la resurrección de este hombre concreto la que sella la verdad de la historia con esta historia particular, revelándose como verdad de toda historia, frente a la cual todo

hombre puede reconocer su origen y su destino, su vocación y su pecado, su camino y a sus compañeros de camino. Esto es lo que ha ofrecido siempre la Iglesia en su predicación, un lugar personal y eterno de encuentro con nuestra identidad en su verdad más profunda (GS 22).

La resurrección es, en este sentido, la presencia eterna de Jesucristo como creador del mundo en cuanto destinado a la gloria de Dios. Cristo es ofrecido definitivamente como espacio genético de la verdadera identidad digna y libre de lo humano. En su presencia resucitada y frente a ella (*coram Christo*) el hombre puede reconocerse originado por un don de vida que es la misma autodonación de Dios (Gal 4, 7), puede reconocerse destinado y posibilitado a vivir esta experiencia de la donación como identidad propia en su acción sobre el mundo y en su relación con los demás, encontrando finalmente la grandeza de su ser (Jn 15, 11-13). Es *en Cristo* donde puede el hombre reconocerse como libertad abierta al encuentro, a la reciprocidad gratuita y creativa en la que toda la creación exprese alegre la gloria de Dios. La libertad en el interior de esta experiencia ya no se define sólo ni fundamentalmente como posibilidad de elección y reelección continua, sino como capacidad para sacar a la luz la hondura que nos define (Jn 5, 19-20). De aquí que el Señorío de Dios y la libertad del hombre coinciden finalmente tras una lucha histórica dramática de imágenes falsas tanto de uno como de otra.

Por eso dirá la Carta a los Colosenses que en Cristo todo tiene su consistencia y que frente a él (contra él) nada la tiene, pues lo que no es creado en su filiación agradecida y su pro-existencia ofrecida termina por negarse a sí mismo en una finitud solitaria y finalmente mortal.

Este Señorío ya realizado en la corporeidad de Cristo resucitado, que se presenta al hombre en el anuncio cristiano y en el anhelo del corazón humano preñado del espíritu resucitante de Jesús (Rom 8, 18-30), hace de cada momento de la vida propia un acontecimiento donde la historia se abre salvíficamente, un tiempo favorable, un *kairós* en el que “todo es gracia” o todo puede quedar transfigurado por la gracia, incluso el dolor y la muerte, incluso la humillación y la exclusión. Por eso, el Señorío de Cristo Jesús es vivido por el creyente como vida *en el Señor*, término técnico con el que San Pablo expresa cómo la vida cristiana no es sino la transfiguración de la experiencia humana en su totalidad por la vitalidad plenificadora de Cristo (Rom 14, 8).

Para terminar este apartado digamos que este Señorío se ejerce desde la cruz, pues es en ella donde la libertad humana es confrontada con su orgullo que, en su afán de auto-posesión, termina por confundir al justo con el blasfemo, al hermano con el enemigo; donde la independencia humana, con su indiferencia ante el dolor de los demás, se convierte en desprecio cínico o en abandono miedoso o irresponsable de aquellos en los que, dándonos, podemos encontrar la vida. El Señorío de Cristo crucificado se manifiesta como invitación a la conversión, no como imposición, como paciencia que acoge el dolor que se le infringe y lo utiliza como pro-vocación de amor. El Señorío de Cristo es Señorío escondido, discreto, humilde como la acción de Dios que siempre quiso hacer de su Señorío una alianza de amor, una comunión de libertades. Ahora bien, sin renunciar a la verdad a la que, con su cruz, Cristo enfrenta a todo hombre. Fuera de este Señorío sólo hay soledad y muerte definitivas. He aquí el significado de la afirmación que define lo cristiano: *No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos* (Hch 4, 12).

El Señorío de Cristo y los poderes del mundo: la muerte y sus aliados

Hemos hablado de una especie de cortocircuito en el acceso del hombre a su libertad. ¿Dónde está la serpiente que engañó a la libertad humana? ¿dónde el árbol frente al que sucumbió? Creemos que es la experiencia de la muerte la que define el momento de la prueba radical frente a la que el hombre alcanza su libertad verdadera o la pierde al deformarla. Entendemos aquí la muerte como aquella experiencia humana en la que se toma conciencia de no ser todo, de no ser del todo, de no ser siempre por no haber sido desde siempre y tener que dejar de ser. Una experiencia que la vida afronta con una inquietud casi angustiada, y que se percibe a lo largo de toda la existencia, desde el nacimiento cuando el niño es arrancado del espacio materno y arrojado a las fronteras de su individualidad física y busca y se aferra al pecho que le alimenta apropiándose (queriendo hacerlo suyo y así ser todo y sólo uno), hasta en la búsqueda compulsiva y desesperada del medicamento con el que por fin el hombre domine la muerte. Pero este santo Grial no es otro que el cáliz de la muerte de Cristo y hay que morir para descubrir sus efectos (Jn 12, 24-25). *¿Estáis dispuestos a beber este cáliz?*, pregunta Jesús. Sólo consintiendo a la muerte el hombre se alcanza a sí mismo. ¿Quién no se echará a temblar? Es ante este temblor, en este miedo natural, donde aparece la serpiente mediando el encuentro y convirtiendo la prueba en tentación, poniendo una voz distinta a la que definía el mundo ofrecido por Dios y que orientaba el camino del hombre también a través de la muerte. Una muerte significada en la prohibición paradisiaca (Gn 2, 16-17) en la que la limitación indicaba la realidad de la muerte necesaria y la prueba a superar para alcanzar la verdadera vida. Veamos más despacio este encuentro.

El miedo a la muerte es la prueba última en el camino de encuentro verdadero y confiado con el Señor de la creación. Pero, igualmente, puede ser el camino hacia la idolatría. Cuando, ante este miedo, el hombre pierde la confianza fundamental en la realidad como un don en sí mismo bueno, termina por definirse a sí mismo como creador del paraíso. En la experiencia creyente estos dos elementos no están separados, más aún, la experiencia creyente descubre que cuando se separan el hombre pierde aquella humildad a la que someter su actividad y que le lleva a respetar la realidad en sus límites, incluso cuando tiene que sufrirla. Este momento de encuentro con la muerte, cuando tiene que sufrir la limitación propia de toda vida, es aquel en el que el hombre puede venderse a sí mismo a una alguna realidad que posea la apariencia de sostenerle por hacerlo en ese instante. Esto es la idolatría. Da lo mismo si es el poder, el dinero, el placer... Aparecerá en el culto al emperador o a la economía de mercado, en el culto a la fecundidad o al estado del bienestar... o en tantos otros cultos que terminarán por sacrificar el mundo y a los hombres para sostenerse frente a todo lo que recuerde la muerte.

En este contexto, Cristo aparece como quien vive de una confianza radical que le hace no tener que huir de la muerte cuando ésta toma la palabra, aunque sea con la voz de la serpiente, en su angustia. Él puede hacerlo porque vive de la fe. Venciendo así todo miedo y desaliento, se convierte en Señor de la muerte para nosotros (Hb 12, 1-5).

Por otra parte, el miedo a la muerte, a no ser por uno mismo, puede ser el camino del encuentro humano, de la experiencia gratificante de tener origen y, por tanto, sentido, de ser sostenido y, por tanto, amado, y finalmente el camino para confiar la vida en manos de los otros y del Otro, como forma suprema de esperanza movilizadora

del ser. Ahora bien, este encuentro también puede dar lugar a la desesperación, cuando el hombre se deja cegar por la oscuridad de su origen y su fin, ambos indominables, y se deja subyugar por la duda marcando con ella el destino último de todo. El futuro es vacío y nada, dirá, porque el principio es vacío y nada. Es aquí donde nace la renuncia a la vocación, a la responsabilidad radical con la propia vida y con la vida del mundo, pues nadie aparece como lugar originario de confrontación y exigencia fundante de la vida. Pero ésta es la voz de la serpiente que se ha apropiado de aquella experiencia de soledad última y necesaria donde el hombre está obligado a ser él mismo decidiéndose ante la pro-vocación del mundo. Es aquí donde el señorío sobre la vida se puede romper al experimentar que todo señorío no es sino una ilusión que no quiere reconocer la insignificancia de cada vida en el movimiento interior de un cosmos sin alma y sin sentido.

Esta experiencia, que hoy es desgraciadamente común, termina llevando a la superficialidad inhumana de una vida que busca en los gozos instantáneos lo que continuamente se le escapa, o al cinismo escéptico de quien, generalmente viviendo bien, termina siendo indiferente al sufrimiento ajeno porque ha desesperado de sí mismo y de todo hombre.

En este contexto, Cristo aparece como quien se deja definir por un futuro absoluto, el Reino de Dios. Un futuro que configura su propia identidad como vocación dada. Desde este proyecto toda la realidad queda sometida no porque sea configurada del todo, sino porque más allá de esta posibilidad, irrealizable de forma plena en la historia, es entregada a aquel Origen que suscitando la vida le promete plenitud. Y eso lo realiza incluso en la oscuridad última de la contradicción entre la ofrenda de la vida a este Origen y la imposición de la muerte sufrida. Es su muerte vivida y entregada en confianza radical (Mc 14, 25) la que quiebra el poder de esa misma muerte y le roba su dominio sobre el hombre. Es la entrega al Misterio en el que se siente originado y que se manifiesta frente a él como paternidad benevolente, y desde el que se siente enviado y al que ofrece la pequeñez incompleta de su acción, la que vence el poder anonadante de la oscuridad de la muerte y torna este espacio de posible desesperación en lugar de esperanza para el mundo.

Finalmente, el miedo a la muerte puede ser el camino del amor a lo pequeño, pues es lo pequeño, nuestra pequeñez, el único hogar de nuestra vida, una pequeñez que no es sino el reverso de los límites que nos identifican con nosotros mismos. En ellos, sólo en ellos, podemos ser propiamente. He aquí el camino de una humildad no sólo moral, sino metafísica: lo distinto no es yo, los otros no son yo. El hombre no puede apropiarse la realidad hasta hacerla coincidir consigo. Es aceptando esta verdad primaria, al reconocerse desbordado por un mundo siempre distinto y mayor, como se identifica al descubrirse parte de un cuerpo que le antecede y le acoge en una comunión pluricéntrica. Amar la vida en su riqueza y en su sorpresa, en su distinción y posibilidad de armonía superando el miedo a no ser todo, ésta es la prueba. Prueba que también experimenta Dios -si se puede hablar así- al buscar la alianza con el hombre. Pero, este límite de mi ser frente a los otros puede convertirse también, bajo el miedo a no ser nada (no ser *nada más* que esto), en resentimiento ante quien me da a luz definiendo mis límites. Si esto sucede, de aquí en adelante la presencia del otro generará siempre envidia y abrirá las puertas a la muerte (Sab 2, 23-24). Es aquí donde nace el odio. El señorío otorgado que nombraba cada realidad dándole lugar como distinta y, de esta manera, otorgaba al hombre un puesto no absoluto ni omnímodo (Gn 2, 19), se torna en apropiación y sometimiento a través del que se quiere alcanzar el ser total de todo y de

todos (Gn 3, 6), un señorío ilusorio, imposible que lleva al hombre a la locura homicida (Gn 4, 1-8).

Frente a esta tentación, el Señorío de Cristo acontece en la renuncia a apropiarse el puesto del Padre, haciendo que su voluntad sea la que le viene dada por Él (Jn 4, 31b); renunciando igualmente a someter la voluntad de los otros a su proyecto (Mt 26, 53); y, sobre todo, como amor a los pequeños y paciencia, misericordia paciente, con los grandes y poderosos a los que enfrenta a su locura insensata (Lc 13, 31-35). Su Señorío no sojuzga, no somete, sino que invita a su misma tarea compartiéndose sin miedo a perder la identidad (Jn 5, 20; Mc 9, 38-39). Su Reino es reino de todos por ser del Padre *que hace salir el sol sobre buenos y malos* (Mt 5, 44-45). Su acción no le pertenece más que en este pequeño espacio donde aparece, por otro lado, en toda su exhuberancia de revelación (Jn 12, 44-46). Cristo será consciente de que el final de su obra no es suyo, sino del Padre y en sus manos lo dejará (Lc 23, 46).

Así la muerte, antes de ser vivida en su concreción física, es vencida por la fe, la esperanza y el amor concreto de Cristo. Su muerte física no es sino la culminación, en la oscuridad impuesta por la idolatría, la desesperación y el odio de los hombres, de una existencia que es expresión de la vitalidad originaria del amor que se manifiesta como Señor último de la realidad en la resurrección. Por eso, nada, *ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna* podrá separar al hombre de este Señorío de amor que es la palabra última de Dios sobre la historia en la vida de *Cristo Jesús, nuestro Señor* (Rom 8, 31-39).

En su cruz, Cristo mismo se manifiesta como Señor, es constituido por Dios como Señor de la historia al despojar todo principado y potestad, estructuras pluriformes del miedo a la muerte, del poder de su mentira (Col 2, 14), de la falsedad de su promesa de vida sobre el hombre: *no moriréis* (Gn 3, 4).

Tres apuntes penúltimos sobre la discreción del Señorío de Jesucristo

Es, por tanto, el Crucificado el único que revela la mentira de todos los señoríos humanos que se basan en el miedo a la muerte, la mentira de toda ilusión de independencia libertaria, y quien muestra y ofrece en su costado abierto (don extremo de la vida en confianza absoluta) la verdadera constitución digna y libre del hombre, la esperanza de Dios en él y, de esta forma, su vocación última. Es por esto por lo que el Resucitado se hace presente a cada comunidad cristiana extendida por el mundo en el icono de la cruz. Ante este icono, que preside todo templo, el creyente se arrodilla para vivir con dignidad y alcanzar la libertad sobre todo ídolo humano. Ante él descubre su dependencia gloriosa, alegre y fecunda. Todo otro icono de Cristo es incompleto, toda otra representación es limitada, sólo la cruz lo dice todo. No se reconoce al resucitado sino como el crucificado, no se reconoce la vida eterna como nuestra si no es con nuestras llagas.

Ahora bien, el icono (la talla, la pintura...), que mueve el sentimiento, lo deja siempre a las puertas de una verdad a la que debe entregarse y que sólo se alimenta de la fe. Es en ella donde el Señorío iconográfico de Cristo en los templos adquiere forma verdadera, aquella forma en la que el creyente acoge en sí la imagen confiada, esperanzada y pro-existente de Jesús en su propia intimidad y donde su inteligencia, voluntad e imaginación creadora se unen dando unidad al ser humano destinado a ser imagen de Dios mismo *en Cristo*.

Por eso, su Señorío sobre la historia se esconde en la obediencia creyente que con cada palabra y cada gesto, con cada acción y cada omisión, con cada escucha y cada mirada da forma gloriosa a la carne de la creación dejándola, en su expiración última, confiadamente en manos de Aquel que llevará todo a plenitud. ¿No es por esto por lo que el Señorío de Cristo tiene su máxima expresión en la histórica en los mártires, que en la impotencia ante los poderes de la muerte no se dejan subsumir por ellos manteniéndose como invitación concreta de Dios que no desespera de nadie y cuya promesa no se agota ni siquiera en el pecado y la pobreza de lo humano?

No será extraño, por tanto, que el creyente confesando a Cristo como Señor, no sólo no condene el mundo no confesante (desgracia suprema del cristianismo histórico, de la cual no sólo se ha hecho consciente, sino humilde penitente ante el mundo), sino que perciba en todo movimiento de fe, de esperanza y de amor la discreción de un Dios que se dice en lo humano aceptando su no reconocimiento, pues es al hombre al que ama, incluso más que a su propia dignidad. ¿Cómo si no entender que aceptara la muerte indigna de su Hijo por nosotros?, y ¿cómo no admirarse de ello y aceptar este Señorío de amor humanizante?

Una última afirmación

No se puede mirar a Cristo crucificado como Señor del mundo sin percibir que su Señorío está crucificado aún en los dolores, los fracasos, las humillaciones... de tantos que anhelan encontrar aún la tierra prometida. El Señorío de Cristo se expresa en el creyente como acción de gracias, como fuerza histórica contra todo mal y también como súplica insistente ante el poder de éste. Por eso, toda palabra y oración creyente termina de la misma forma, entre la esperanza y la súplica:

“Sí estoy a punto de llegar.

¡Amén! ¡Ven Señor Jesús!

Que la gracia de Jesús, el Señor, esté con todos” (Ap 22, 21-22)

Publicado en: *Kyrios. Catálogo de la Exposición Las Edades del Hombre en la Catedral de Ciudad Rodrigo, Salamanca 2006, 41-51.*